

La letra, la caja y el fusil. José Santos Vargas y su diario de guerra¹

Roger L. MAMANI SIÑANI²

Introducción

El *Diario* de guerra de José Santos Vargas es considerado uno de los documentos más fascinantes para la historia de nuestro país. Sus 286 folios relatan las andanzas del grupo de hombres que, en plena Guerra de la Independencia, conformaron la División de los Valles de La Paz y Cochabamba. La historia que registra este manuscrito es tan cautivadora como dramática.

Leer sus páginas es ponerse en contacto con un mundo trastornado por la guerra. El ruido de las armas de fuego, el de los sables y las lanzas chocando unos contra otros, el silbido de las piedras cuando eran arrojadas por las hondas indígenas, el golpeteo de los caballos y los gritos de desesperación llenaron el ambiente de aquellos lugares y sus pobladores se acostumbraron a ellos. El peligro de perder la vida no era ajeno a cada paso.

Vargas se convierte en nuestro cronista, aquel que nos lleva de la mano a conocer a su gran héroe, Eusebio Lira, al popular José Manuel Chinchilla y al detestable José Miguel Lanza, quien le hizo más de un desaire y lo colocó en situaciones de extremo peligro. Pero no solo a ellos: nuestro guía nos presentará al truculento Fermín Mamani, más bandido que guerrillero; al sádico Pascual Cartajena, el sicario personal de Lira; al astuto Miguel Mamani, quien escapaba de sus captores utilizando mil artilugios, y a muchos otros que, de no haber sido registrados por la pluma de Vargas, se habrían perdido, engrosando las filas de aquellos soldados anónimos infaltables en los relatos históricos.

Nuestro guía, al mostrarnos escenas de heroísmo, valentía, compañerismo y lealtad, también nos describirá relatos de crueldad extrema, no solo con hombres y mujeres,

¹ Estudio introductorio publicado en la obra, parte de la colección de los 200 libros de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (BBB), *Diario de un comandante de la guerra de la independencia*, de José Santos Vargas, reedición trabajada por el Centro de Investigaciones Sociales de la Vicepresidencia.

² Licenciado en Historia por la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA), Maestrante en Estudios Latinoamericanos por el CIDES-UMSA. Es autor del libro *La División de los Valles. Estructura militar, social y étnica de la Guerrilla de La Paz y Cochabamba (1814-1817)*. Colaboró como autor en los tomos III y IV de la colección Bolivia su Historia. Estudia temas relacionados con la guerra de guerrillas durante el proceso de la Independencia de Bolivia.

también con niños e incluso con animales, protagonizados por representantes de ambos bandos. Vargas, al escribir su *Diario*, no quiso hacer ver a unos casi perfectos y a otros como la representación de la maldad: intenta ser siempre equilibrado.

Consideramos que para conocer al cronista debemos conocer primero su obra, por lo cual comenzaremos analizando las principales características del *Diario* de José Santos Vargas. Luego anotaremos los principales rasgos biográficos del autor y haremos un breve repaso a todas aquellas obras que fueron inspiradas por el manuscrito de Vargas. Finalmente, se tratará del personaje transversal en la obra.

Dos diarios, un mismo autor

El mérito de haber descubierto y luego sacado a la luz los manuscritos de José Santos Vargas es de Gunnar Mendoza Loza, quien fue director del Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia (ABNB) durante 50 años. En sus afanes de organización y descripción de los documentos que el repositorio guardaba, entre los legajos de la colección Rück, encontró tres cuadernillos cosidos “al estilo de los expedientes judiciales”. Ninguno de ellos tenía una carátula o signo del autor, además de encontrarse truncos o incompletos. Mendoza estableció que fueron escritos por una misma pluma, y fueron bautizados por él como el Diario de un soldado de la Independencia altoperuana en los valles de Sicasica y Hayopaya. 1816-1821 atribuyendo su escritura al “Tambor Mayor Vargas” (Mendoza, 1952: pp. 199-200).

Mendoza entonces tomó la iniciativa de publicar la transcripción del manuscrito en la Revista de la Universidad San Francisco Xavier. Esto se hizo por partes, entre 1951 y 1952. Finalmente, la publicación de toda la transcripción se realizó en la misma revista en 1956. Los cuadernillos en conjunto abarcaban desde el año de 1816 hasta 1821. A pesar de tener una extensión en conjunto de 107 folios, era evidente que este primer manuscrito estaba incompleto en las primeras páginas, trunco en el medio e inconcluso al final. Para Gunnar Mendoza, encontrar lo que restaba se volvió casi una obsesión, hasta que finalmente su trabajo rindió frutos.

En 1982, bajo el sello de la editorial Siglo XXI de México, se publicaba el *Diario de un comandante de la Independencia americana. 1814-1825* de José Santos Vargas. Este manuscrito no fue aquel publicado 30 años atrás con las partes faltantes, como se podría suponer, sino una segunda versión del diario, escrito por el mismo autor, cuyas partes estaban completas e incluían varios acápites adicionales al diario como un “Prefacio al prudente lector”, “Breve vida del que escribió” la “Lista de gefes y oficiales que han servido a la patria por su libertad e yndependencia primordial del gobierno español, bajo las órdenes de diferentes gefes en los valles de Sicasica y Hayopaya” y el “Relato de la expedición peruana a los Valles, en 1828”. El título original del manuscrito es Diario histórico de todos los sucesos ocurridos en las provincias de Sicasica y Ayopaya durante la guerra de la Independencia Americana, desde al año de 1814 hasta el año de 1825. Escrito por un comandante del partido de Mohosa, ciudadano José Santos Vargas. Año de 1852.

Ante la inexistencia de más ejemplares del *Diario* de José Santos Vargas, en 2008 se volvía a publicar esta versión, pero con una nueva transcripción que fue acompañada por la introducción de Gunnar Mendoza aparecida junto con el *Diario* en 1982, solo que esta vez se incluían los pies de página que no aparecieron en la edición de Siglo XXI.

Las circunstancias del descubrimiento de la segunda versión del diario no fueron reveladas por Mendoza, quien evadía el tema aduciendo que relatar cómo se dio con ella sería “largo e inoportuno” (Demélas, 2007: 71). Sin embargo, estos detalles hoy en día se conocen. Varios manuscritos pertenecientes a la colección Rück se encontraban en poder de la familia de Adolfo Costa du Rels. El *Diario* propiamente dicho estaba entre los documentos copiados por el suegro de este escritor, el señor Urriolagoitia, quien lo habría comprado a los descendientes de Ernesto Rück. Al enterarse de esto, Mendoza gestionó la compra de este y otros manuscritos por el gobierno de Bolivia. La adquisición se efectivizó el 24 de septiembre de 1963 por medio de la compañía de importaciones Sucre Limitada (Molina, 2010: pp. 17 y 19).

Podemos imaginarnos por qué Mendoza³ ocultaba las circunstancias de la aparición del manuscrito. Sucede que en el catálogo de documentos de la colección Rück con el que había sido vendido al gobierno nacional en 1913, el *Diario* estaba inscrito con su título íntegro, pero en una primera revisión se verificó que estaba “faltante”, lo cual fue ratificado por todos los directores del repositorio, incluso por el propio Mendoza. Por lo tanto, resultaba sospechoso que se volviera a comprar un documento que supuestamente ya había sido comprado 50 años antes. Mendoza tomó la decisión de certificar por todos los medios posibles que el *Diario* no había sido objeto de compra, por lo cual era perfectamente válido adquirirlo en 1963.

Las dos versiones del Diario de José Santos Vargas

Como queda dicho, la primera versión del *Diario*, aquella que fue publicada en 1951 y 1952, era incompleta, trunca e inconclusa. Mendoza nos dice que los tres cuadernillos que componían este manuscrito estaban con “señales evidentes de mucho uso” con “frecuentes testaduras, enmiendas y entrerrenglonaduras” y que “hay una sola llamada” (Mendoza, 2002: pp. 200-201).

Por otro lado, la segunda versión encontrada en 1963 y publicada en 1982 estaba mejor conservada, pero también tenía múltiples testaduras, enmiendas y entrerrenglones. Las llamadas dibujadas por el autor con manecillas eran más frecuentes, dando paso a documentos intercalados o adiciones en el *Diario*.

El descubridor de las dos versiones del *Diario*, Mendoza, nunca hizo una comparación entre los dos manuscritos. Para él ambos tenían el mismo valor testimonial,

³ Marie-Danielle Demélas, quien dedicó un libro de más de 400 páginas al estudio del Diario de José Santos Vargas, no aborda el tema de las circunstancias acerca del descubrimiento de esta segunda versión, que ella llama el “Manuscrito B” o “MsB”.

biográfico, pero por sobre todo historiográfico. En la introducción que publicó junto con la primera entrega de 1951 encuentra que al mismo tiempo que el manuscrito tenía una “simultaneidad con los acontecimientos”, por mencionar fechas y horas, también había signos evidentes de una escritura posterior, como señalar que los partidos hoy son “Provincias” (pág. 112)⁴. Esto le hace sospechar que el manuscrito fue redactado luego de 1826 y que era una versión mejorada de un primer y original *Diario*, que se había perdido. Sin embargo, no por esto el manuscrito dejaba de ser un diario.

Marie-Danielle Demélas, al comparar las dos versiones existentes del *Diario*, encontró varias fallas en cuanto al relato de una misma historia. Por ejemplo, que no se contaba de la misma manera ni se desembocaba en un mismo resultado. Pero por sobre todo encontró que las fechas no coincidían en algunas escenas. Para la autora esto es muestra que no son dos versiones, sino “dos estados diferentes de una misma obra de la cual nada permite, por ahora, saber cuál fue el primer estado ni cuál pudo ser el último”. Estas imprecisiones le harían afirmar que “ninguno de los dos manuscritos es un diario propiamente dicho”. En este sentido, examina todos los giros literarios del manuscrito, entre ellos, la construcción de personajes, los eventos que siempre terminan con moralejas, o el tratamiento que Vargas tiene para con aliados o enemigos. La autora no se anima a evaluar la veracidad del manuscrito, pero por lo mencionado anteriormente colocaría en entredicho el testimonio de Vargas otorgándole poca credibilidad. Todo esto la acerca a tratar al *Diario* más que como un testimonio histórico como una historia novelada (Demélas, 2007: pp. 74, 89, 273).

Ante esta situación, el mismo José Santos nos advierte: “El mismo día de los sucesos que constan en este *Diario* histórico puede fallar sí pero no el caso sucedido” (pág. 118). Con esto nos da a entender que lo importante es registrar qué sucedió en vez de cuándo sucedió, terminando la controversia planteada por Demélas.

Luis H. Antezana, en un agudo ensayo que tiene por protagonista el “manuscrito inconcluso” (como llama a la primera versión del *Diario*), nos lleva a pensar en las circunstancias del escritor, más que del historiador. Identifica dos José Santos Vargas: el primero es el joven guerrillero escritor que escribía luego de pasadas las acciones que lo involucraron en plena Guerra de la Independencia. El segundo es el maduro y posteriormente viejo José Santos, quien en su terruño de Pucusco seguía ordenando sus gastados papeles y reescribiendo su relato. Sin embargo, “el segundo nos cuenta del primero quien, a su vez, nos cuenta lo que sucede” (Antezana, 2008: 2). El pensar que su obra sería publicada fue lo que llevó a corregir una y otra vez sus escritos:

El comandante está pensando en su escritura ante el público culto de la época. Al mismo tiempo, Vargas estaba consciente de que, si su Diario salía a la luz, este sería leído por un público

⁴ Nota del editor (NE): la paginación y las siguientes citadas como “pág”. corresponden a la edición del libro de la BBB.

variado, dentro del cual no faltaría algún testigo presencial de los episodios que relataba en su escrito. Este supuesto lector podría confirmar o desmentir lo dicho por José Santos. De esto parte su obsesión de “informarse bien” acerca de todo lo que está escrito, por lo cual estaba dispuesto a ser confrontado acerca de la veracidad de su testimonio (Antezana, 2008: pp. 3 y 7).

Después de leer las dos versiones, debemos señalar una gran diferencia entre una y otra, esta sería la inclusión de nuevas escenas. Se ha logrado identificar 22 escenas de este tipo, tomando en cuenta solamente aquellas que muestran gran detalle en el relato. Se ha dejado fuera de este conteo aquellos párrafos que consideramos complementarios al relato y que no aparecen en la primera versión.

De estas 22 escenas, 19 se registran en la época correspondiente a José Manuel Chinchilla en la comandancia de la División de los Valles. Esto podría explicarse en vista del hecho de que estos años, de 1818 a 1821, fueron los de más dura persecución a la guerrilla por parte de las tropas del rey. De esta forma se les daba poco margen de lucha a los insurgentes, que constantemente eran dispersados. Las anotaciones del diario habrían sufrido por esta razón, pues su autor pudo apuntar todo como lo hacía en los anteriores años. Por tanto, podemos suponer que las escenas incluidas corresponden a las adiciones que realizó una vez acabada la guerra, cuando tenía el tiempo necesario para escribir y podía aún entrevistarse con los directos protagonistas de los eventos. Esta suposición se ve reforzada por dos hechos.

El primero tiene que ver con que en la primera versión correspondiente a los años mencionados existen 18 llamadas a lo largo de sus 37 folios. Lo sintomático es que estas llamadas son numerosas en aquellos lugares donde se incluyen nuevas escenas en la segunda versión. Un segundo elemento es el hecho de que en la primera versión existen semanas e incluso meses enteros que no se encuentran registrados en el *Diario*. Por ejemplo, la primera versión de 1819 tiene como su primer día el 16 de marzo, la actividad en las restantes jornadas es descrita de forma escueta hasta llegar al 1 de abril. Posteriormente se hace un salto al 5 de mayo; este es el único día registrado en ese mes, pues luego se realiza otro salto para llegar al 6 de julio.

El evento del 5 mayo en esa versión describe la muerte de Fermín Mamani a manos de Carlos Bolaños, quien al final se presenta ante Francisco España para ser indultado, pues este era un comandante insurgente al igual que Mamani. Esta escena es intercambiada en la segunda versión, apareciendo en el diario el 8 de junio de 1820. La que se registra en mayo de 1819 es otra escena también relacionada con Fermín Mamani, cuando el 18 del mes mencionado ingresa a la casa de Manuel Quintanilla en Caracollo, a quien intenta arrestar, a lo cual se opone su mujer, que estaba embarazada. El resultado de esto es la muerte de la mujer. En lo que resta del mes se relata la fuga de Mamani cuando Chinchilla lo hace buscar para castigarlo. Finalmente, es destinado a Yaco, donde el comandante en jefe pensaba que moriría pronto a manos de los realistas por ser un lugar de paso de tropas.

A partir del comportamiento del registro de la segunda versión del *Diario* podemos decir que el mismo fue corregido por su autor al tener nuevas y mejores noticias de lo que ocurrió en aquellos días de mayo de 1819, por lo cual cambió toda una escena, extrayendo otra y llevándola al año siguiente. Es posible que sus primeros lectores lo convencieran de que la muerte de Mamani fue en 1820 y no en 1819, por lo cual corrigió el relato del *Diario*.

José Santos Vargas nos dice: “No era mi intención dar a luz esta [obra] por medio de la prensa” (pág. 119); el fin del *Diario* era ser un testigo fiel de los sucesos que ocurrieron en los valles durante la guerra de la Independencia. En principio, estaba destinado solo a la lectura de sus “compañeros, amigos y paisanos” (págs. 119 y 120) para que estos despejasen sus dudas sobre quién protagonizó tal acontecimiento. Esto podría explicar por qué cuando Mendoza encontró los tres cuadernillos de la primera versión estos presentaban “mucho uso”, lo cual sería el producto de la lectura continua por él y sus allegados. El último intento de publicar el *Diario* se realiza en 1851, cuando Vargas presenta ante el supremo gobierno su obra, por la que pide un premio. Para que su *Diario* fuese mejor recibido por el presidente, así como por el estamento burocrático, lo dedica al primer mandatario de aquel entonces, Manuel Isidoro Belzu. Sin embargo, como hace notar Mendoza, el intento queda frustrado cuando su obra es primero remitida al Ministerio de Hacienda y luego al Ministerio de Instrucción Pública. “Negar dilatando” fue la estrategia adoptada por la burocracia gubernamental (Mendoza, 2008: XLI).

José Santos Vargas, el inicio de la aventura

José Santos Vargas, hijo de don Blas Mariano Vargas y de doña María Guadalupe Medrano, nació el 28 de octubre de 1796 en la Villa de San Felipe de Austria, Oruro. Tenía un hermano llamado Andrés Vargas, cura presbítero de la doctrina de Cavari. Asimismo tenía un pariente, del cual no se especifica su relación, llamado Miguel Vargas, que al igual que su hermano era cura presbítero y vivía en Caracollo. Se casó con Juana Rodrigo y con seguridad tuvo un hijo llamado Gabino. No tenemos más detalles sobre estos personajes. La fecha de la muerte de José Santos es desconocida.

Su padre, después de los sucesos de febrero de 1781 en Oruro⁵, fue nombrado escribano de guerra por la Junta de Guerra de Oruro y alcanzó el grado de capitán de milicias. Sin embargo, cuatro años más tarde, en asociación con el Protector de Indígenas de Oruro, Fermín Aguirre, Blas Mariano habría convocado a los pobladores de Yaco, Leque, Mohoza e Ichoca para “alzarse otra vuelta”⁶. Por esta denuncia, Blas Mariano tuvo que escapar a Chuquisaca para evitar el arresto; el caso no llegó a mayores por disposición del

⁵ El 10 de febrero de 1781 se realizó un levantamiento criollo que se alió con los indígenas en un primer momento. Este fue parte del movimiento encabezado por José Gabriel Condorcanqui, Tupaj Amaru.

⁶ “Denuncia del indio Felipe Vida de la hacienda de Lequepalca contra el protector de naturales Fermín Aguirre y el escribano Blas Mariano Vargas”. En: Demélas, 2007: 44.

Intendente de Cochabamba, Francisco Viedma, quien pensaba que las denuncias eran exageradas. Ya de retorno en la Villa de San Felipe de Austria, alejado de las obligaciones militares, Blas Mariano Vargas ocupó el puesto de escribano del cabildo (Demélas, 2007: pp. 43-44)⁷. También se dedicó al oficio de minero, pues fue dueño de una mina de cobre, aunque esto no significó un cambio en el estatus social de su familia.

Desafortunadamente, Blas Mariano Vargas murió el 22 de marzo de 1804, es decir, cuando José Santos tenía poco más de siete años. Dos años antes, el 14 de agosto de 1802, su madre había desaparecido de este mundo. Al verse huérfano de padre y madre, fue acogido por su tía abuela doña Gregoria Díaz de Alda, más conocida como la Condo Goya, que cuidó de José Santos “con el amor maternal a que estaba acostumbrado”. Sin embargo, el 4 de octubre de 1810, la Condo Goya también exhalaba su último suspiro. Vargas se vio nuevamente huérfano a la edad de 14 años, lo cual no significaba que se quedara en la calle, pues fue nombrado el único heredero de las posesiones de su tía abuela: “una casa situada en Oruro que servía de tambo al público” (pág. 125).

Luego de este suceso, lo más lógico era que el joven José Santos Vargas pasara al cuidado ya sea de su hermano Andrés o de su otro pariente, Miguel. Esto no ocurre, pues pasa a la vigilancia de su albacea, don José Jacinto Quevedo. Gunnar Mendoza piensa que Andrés Vargas es hermano de José Santos solo por parte de padre. Andrés debió ser mayor por una diferencia de por lo menos diez años, según los cálculos de estudio y de ejercicio de la profesión realizados por Mendoza⁸.

Andrés Vargas fue capturado por las tropas del rey el 3 de abril de 1816 en Cavari, cuando andaba confesando a la gente pues se vivía el tiempo de la cuaresma. Luego fue llevado a la cárcel de Oruro. La última noticia que tiene nuestro cronista de su hermano es que fue muerto en 1819, siendo muy escueto en los detalles de su deceso. Por el contrario, Miguel Vargas sobrevivió a la guerra, fue gobernador y provisor eclesiástico del departamento de Cochabamba y cura rector más antiguo de la catedral (Demélas, 2007: 49).

Retornando a la historia del joven José Santos Vargas, este quedó al cuidado de José Jacinto Quevedo, su maestro de primeras letras, quien lo trataba “con la aspereza de un verdadero escolero antiguo” (pág. 125). No obstante, educó bien a Vargas y se ocupó de su destino: lo acomodó en la Real Caja, pues tenía “regular letra” (pág. 117) y esto era suficiente al parecer para conseguir tal empleo.

La guerra hizo su irrupción con toda su fuerza en la vida de José Santos. El 16 de noviembre de 1811 la Villa de San Felipe de Austria sufría el ataque de las fuerzas insurgentes de Esteban Arze. El comandante de la plaza, el coronel Ignacio Gonzales de

⁷ El Cabildo era una institución semejante a lo que hoy es el consejo de la alcaldía.

⁸ José Santos tenía 18 años de edad cuando se encontraron por primera vez. Andrés ya era cura presbítero, lo que demandaba de seis a ocho años de estudios y, siendo párroco, cuando menos había pasado por un concurso: o sea, era mayor por más de diez años.

Socasa, al mando de 300 hombres armados, realizó la defensa casi milagrosa de la urbe, logrando echar a los cochabambinos invasores (Paz, 1919: pp. 170-171). Nuestro personaje es testigo presencial de este acontecimiento, el cual es recordado con amargura, pues su albacea lo había dejado solo en su casa, encerrándolo bajo llave no sin antes llevarse a toda su familia, incluidos sus sirvientes, a refugiarse en la iglesia⁹. José Santos se siente humillado al ser considerado por Quevedo como más bajo que sus criados. Entonces escapa de su prisión. En esto se produce la derrota de las fuerzas insurgentes, a las que siguió en su retirada, no sin antes sopesar el destino que le esperaba si se quedaba, es decir, volver a los malos tratos de su albacea. Con esto en mente tuvo la idea de irse a Cochabamba, pero fue atrapado por un oficial del rey y puesto en custodia. En Punata, fue puesto al servicio de José Torrico, de cuya casa escapó, por lo cual se hallaba en aquellos lugares trabajando en lo que pudiese, pero las más de las veces desempeñándose como amanuense, escribiendo cartas por encargo.

Durante los años de 1812 a 1814, José Santos vive revoloteando por los pueblos de Cochabamba. A finales del último año mencionado, Vargas decide ir en busca de su hermano Andrés, siguiendo los consejos de don Pío Garavito¹⁰. El encuentro con su hermano se produce el 22 de noviembre de 1814. Este fue uno de los momentos más importantes en la vida de José Santos, pues su hermano lo influenció en dos aspectos de su vida: el primero que sea partícipe de la “opinión de la patria”, y el segundo que tomase la decisión de escribir un diario con todas sus vivencias, a imitación del que este estaba realizando y que le había mostrado cuando se encontraron.

José Santos fue puesto por su hermano al mando de una hacienda llamada Capi-nota, arrendada a doña Ygnacia Navarro. Esta hacienda estaba cerca del pueblo de Machaca, en la jurisdicción del partido de Hayopaya. Al parecer, Andrés fue un arrendatario conocido en la zona mucho antes de 1814, por lo cual podía hacer tratos con muchos otros propietarios. Una muestra de esto es el arriendo de Chacari, en Pocusco, donde este tenía su casa, arrendada desde 1812. Después de la muerte de Andrés este arriendo pasó a ser de José Santos.

Vargas, antes que ser agricultor, prefirió ser soldado. En este punto Mendoza encuentra una seria contradicción en cuanto a su hoja de servicios. Por un lado, en la “Lista de los señores jefes y oficiales”, al final del *Diario*, Vargas nos dice que “sentó plaza en 1814 de soldado distinguido” (pág. 64), sin embargo, el mismo Mendoza, en una nota al pie, recuerda que en las páginas mismas del *Diario* José Santos indica con gran precisión cuándo es que se presentó como soldado voluntario: el 7 de febrero de 1815, a las cuatro de la tarde, en el pueblo de Machaca ante José Buenaventura Zárate.

⁹ El refugiarse en la iglesia era una medida desesperada para salvar sus vidas, pues se pensaba que, al ser un lugar santo, las tropas enemigas no podrían hacerles nada.

¹⁰ Este personaje, más adelante en el *Diario*, es reconocido como alférez de caballería en las fuerzas insurgentes al mando de Eusebio Lira.

Esta no sería la única imprecisión en cuanto a su hoja de servicios y lo que dice el *Diario*. José Santos nos cuenta que en 1815 fue nombrado tambor mayor, luego en agosto de 1816 fue subteniente de granaderos, tres años después, en 1819, fue ascendido a teniente de caballería. En 1821 fue nombrado capitán. Finalmente, en 1823, fue designado comandante del pueblo de Mohoza. Terminó la guerra en este puesto. Los rangos que obtuvo probablemente estuvieran confirmados por un enviado de Martín Güemes: el 20 de septiembre de 1819 llegaba a Cavari Mariano Loza, procedente de Salta, con diferentes oficios entre ellos la confirmación de nombramientos.

Es notable que guarde silencio en el *Diario* mismo sobre los ascensos que fue ganando con el paso del tiempo y la experiencia acumulada. Pero lo más llamativo es que podemos comprobar que Vargas recibe el trato de “tambor mayor” por lo menos hasta el fin de la comandancia de Chinchilla. Nuestro personaje dice que poco le importaban los ascensos pues prefería quedarse “al lado de los jefes y saber todo lo que ocurriese” (pág. 117). Es por esto que José Santos no anota sus ascensos en el *Diario*, pero al pedir una recompensa por su obra al presidente Belzu le conviene resaltar el hecho de que fue un “oficial de la Patria” para que su solicitud tenga peso. Al final de la guerra, si se quedaba en filas del Ejército de Bolivia, le hubiera correspondido el grado de teniente coronel.

La última vez que lo vemos envuelto en asuntos de orden castrense es en 1828, cuando, al producirse la invasión peruana a territorio boliviano, Vargas es comisionado por el gobernador de Sicasica, Miguel Calderón y Sanjinés, para que persiga y atrape a los insurrectos Juan Manuel Lira, Nicolás Montealegre y Coronado y Rafael Copitas, quienes intentaban ganar los valles de La Paz y Cochabamba para el partido del Perú. Vargas fue capturado y por poco fusilado. La invasión no tuvo sentido después del tratado de Piquiza y Vargas regresó a su terruño.

José Santos Vargas, luego de haber sido soldado, se dedicará a la tierra hasta el último día de su vida. Él mismo nos dirá: “Triunfante que fue mi opinión se acabaron mis afanes y luego me entré a vivir al monte en donde actualmente vivo que son en los de Pocusco, esperando los últimos momentos el fin de todo viviente” (pág. 118). Nuestro cronista decide quedarse en Pocusco e “indianizarse”, pues legalmente asume el rol de indio originario al ser registrado como tal en el padrón del “Cantón Mohosa, ayllu Vilacha; parcialidad Urinsaya” de 1832.

Esta situación es confirmada por el *Diario*, cuando Vargas dice: “yo soy contribuyente y pago 10 pesos de contribución al año por los terrenos del Estado que ocupo” (pág. 121). Ante esta situación, Gunnar Mendoza lanza esta hipótesis: que nuestro personaje asumió tal rol al estar casado con Juana Rodrigo, quien hubiese sido hija de un indio originario y por esta vía habría obtenido la posesión de aquellas tierras, apoyado por las leyes de entonces. Marie-Danielle Demélas, al contrario que Mendoza, piensa que el usufructo de estas tierras se debió a que Vargas se había asentado en tierras del marquesado de Santiago, las cuales por ley de 27 de diciembre de 1826 pasaban a ser propiedad del

Estado, por ser de un aristócrata realista; de esta forma José Santos las habría obtenido por vía de ocupación, más que por herencia (Demélas, 2007: pp. 57-58).

El *Diario* y el registro de la guerra

Al analizar el *Diario* y el peso que tienen en este documento detalles sobre la vida misma del autor o de su familia, caemos en la cuenta de que estos son muy pocos. Solo nos da noticias de quien fue José Santos Vargas en el “Prefacio al prudente lector” y en su “Breve vida del que escribió”, que podemos suponer redactó casi con exclusividad para la segunda versión del *Diario* (y que sería publicada recién en 1982). Entonces la protagonista principal del manuscrito es la guerra en sí misma, pues es a ella a quien está dedicada la obra, relatando con lujo de detalles las temáticas propias de un conflicto armado: los caudillos, los enemigos, las muertes, los prisioneros, el salvajismo de algunos, la heroicidad de otros, etc. Es por esto que la información sobre otro tipo de materia es escasa y se le da muy poca importancia.

Vargas escribe de la guerra y por la guerra. Nuestro cronista nos explica que fue por el influjo de su hermano que abrazó la causa “patriota” y en imitación de su ejemplo quiso escribir un diario. Entonces se hizo soldado, “aunque mi hermano no quería que me entropase al principio. Después ya aprobó” (pág. 132) nos dirá testimonialmente. Esto no bastaba para nuestro personaje, pues fue consciente de que, si anotaba solo lo que le ocurría a él, quizá el *Diario* no tendría mucha relevancia. Entonces buscó acercarse a los jefes inmediatos para “saber y apuntar lo que sucediese” (pág. 117). Los oficiales siempre necesitaban a un amanuense que escribiera los oficios, las cartas, las órdenes, las proclamas, las comunicaciones secretas, etc. Por otro lado, quería estar siempre cerca del comandante en jefe para cumplir su misión. La forma de lograrlo era convertirse en el tambor de órdenes que dependía directamente del comando general, o sea, el “tambor mayor”.

Una vez dentro de la tropa, le tocó el combate contra los enemigos. Vargas fue partícipe del fenómeno de la guerra de guerrillas, que se repitió a lo largo de todo el Alto Perú. Este tipo de enfrentamiento, cuya característica principal es la de debilitar al enemigo mediante el cansancio evitando el choque frontal, tuvo varios representantes ilustres en esta zona: Vicente Camargo, Manuel Ascencio Padilla, Ignacio Warnes, Juan Antonio Álvarez de Arenales e Ildefonso de las Muñecas¹¹, cada uno en su territorio, aunque interconectados¹². La derrota del último tuvo consecuencias para la División de los Valles pues varios de los hombres de Muñecas buscaron asilo en los valles. Dos de estos,

¹¹ En este listado de los “grandes guerrilleros” tendrían que aparecer también Eusebio Lira y José Manuel Chinchilla. No lo hacen pues sus figuras son eclipsadas por la de José Miguel Lanza. De las razones por las que sucedió esto nos ocuparemos en los siguientes apartados.

¹² María Luisa Soux habla de un “sistema de guerrillas” que habría estado al mando de Juan Antonio Álvarez de Arenales en virtud a su nombramiento como gobernador intendente de Cochabamba por Manuel Belgrano. Es bajo este comando que todos los guerrilleros habrían actuado de forma organizada (Soux, 2008: pp. 155-156).

Eugenio Moreno y Pedro Marquina, planearon el asesinato de Eusebio Lira mediante una carta falsificada dirigida al coronel Rolando del ejército del rey, a quien el comandante ofrecía pasarse a su bando. Es significativo que la escena de la muerte de Lira sea una de las mejores relatadas por José Santos. El comandante en sus últimos momentos aconseja a Vargas que se presente ante sus enemigos pues "...si te perdonan estarás vivo, si te fusilan (que no lo harán) morirás por la Patria con honor en una plaza pública" y no como él, asesinado por la espalda. Se despide de su amigo y antes de expirar grita que "Falsamente han procedido". Finalmente muere abrazando un crucifijo, el "15 de diciembre, día de San Eusebio" (págs. 331 y 332).

Para entender esta escena debemos tomar en cuenta el contexto en el que se desarrolló. Es diciembre de 1817. Dos años antes, las fuerzas de José Rondeau del ejército de la Provincias Unidas fueron vencidas en la batalla de Sipe Sipe. A partir de ese momento, las fuerzas insurgentes que quedaban en el territorio de la Audiencia de Charcas tuvieron que sobrevivir por sí mismas. Por otro lado, las fuerzas del rey ya se habían acostumbrado a realizar operaciones de contraguerrilla. En estas circunstancias, los principales caudillos que quedaban fueron atrapados sistemáticamente. Para el año de nuestro interés, el único gran grupo sobreviviente es el que estaba comandado por Eusebio Lira. Había que deshacerse de él. Es entonces cuando Eugenio Moreno hace su aparición: apenas llegado, es acusado por un sargento de la guerrilla llamado Andrés Vázquez de haber sido el culpable de la muerte de Ildefonso de las Muñecas; además, le dice que no era casualidad que Moreno esté en aquellos valles "que tal vez vendría pagado del enemigo a hacer algo con el comandante". Eusebio Lira no hizo caso de esta advertencia y un año después fue muerto por las intrigas de Moreno.

A la luz de estos datos podemos especular que las fuerzas del rey, al no poder eliminar a Lira mediante la fuerza de las armas, le pagaron a Moreno para que se infiltrase en la guerrilla y lo matase. Sin embargo, quizá suponer esto es ir demasiado lejos y no será comprobado hasta que tengamos nuevos testimonios que confirmen o desmientan esta afirmación.

Si bien el *Diario* no se ocupa con detalle de los sucesos de los primeros años de la guerra, quedan rastros muy significativos. José Santos, que es detallista al describir a sus personajes, menciona a varios sobrevivientes del movimiento del 16 de julio. En la "Lista de los señores jefes y oficiales", incluida al final del manuscrito, aparecen José María Zafra, quien "fue tambor de los antiguos veteranos de La Paz"; Mariano Santiesteban y José Manuel Arana, ambos sargentos en 1809; Manuel Moncada, quien tomó parte en la acción de Chacaltaya; Matías Valdivia y Manuel Patiño, quienes fueron soldados de la revolución de julio.

Este nivel de detalle se pierde al tratar de José Miguel Lanza, tanto en la lista de oficiales, en donde le dedica pocas líneas a su hoja de servicios, y sobre todo en el *Diario*, donde el espacio que ocupa el registro del tiempo de su jefatura es pequeño en comparación al dedicado a Eusebio Lira. Lanza llegó a Inquisivi el 13 de febrero de 1821 con

el rango de coronel, inmediatamente José Manuel Chinchilla lo hizo reconocer como el nuevo comandante en jefe de las fuerzas insurgentes en vista del nombramiento que había traído consigo. A los pocos días Chinchilla fue tomado prisionero y luego mandado a fusilar por órdenes de Lanza. José Santos entiende esta acción como la consecuencia de la búsqueda de “sus cobardes y ambiciosos caprichos”, además de estar lleno de “sentimientos cochinos e indecentes que no se puede manchar el papel” (pág. 450).

Es evidente que Vargas sentía antipatía por Lanza, que probablemente venía desde tiempo atrás cuando ofendió a Eusebio Lira al reclamarle este saqueo libre al que Lanza se había comprometido después de la toma de Irupana en 1815. Vargas afirma que su héroe “fue desairado ferozmente con ultrajes e insultos” (pág. 179). Notamos que Lanza es visto en esta escena temprana como un inconsecuente. Sin embargo, la peor cosa que pudo hacer Lanza con respecto a Vargas fue nombrarlo comandante de Mohoza. Esto significaba que él estaba al mando militar del pueblo y debía encargarse de defenderlo a su propia costa. Este lugar estaba en medio del antiguo camino que iba de La Paz a Cochabamba, además de contar con vías principales que lo conectaban a Oruro, por lo que era un punto estratégico que podía ser tomado en cualquier instante por el enemigo. Vargas sopesa lo peligroso que es este puesto, lo que acrecienta su resentimiento hacia Lanza.

Es en este punto donde se nota con toda claridad que el *Diario* es afectado por el contexto en el que vivió su autor y se hace partícipe de simpatías y odios. Para entender esto, hay que diferenciar tres etapas en el manuscrito, correspondientes a los tres comandantes. La primera recorre los años de 1815 a 1817, cuando Eusebio Lira es el protagonista principal: aquí el *Diario* es detallado y abundante. La segunda etapa corresponde a José Manuel Chinchilla, de 1818 a 1820, la etapa más dura de la persecución realista. El *Diario* se hace menos detallado. Finalmente, tenemos la etapa de José Miguel Lanza como comandante en jefe, que abarca desde 1821 hasta 1825. Esta es la etapa menos profusa en referencias, quizá por el alejamiento de José Santos del cuerpo principal de la guerrilla después de las reformas impulsadas por Lanza y los recelos que José Santos sentía hacia esa. Como se ha dicho, la protagonista principal del *Diario* es la guerra: al finalizar ésta, el manuscrito también debía terminarse. Esa fue la idea inicial que tenía el autor: su relato acaba el 9 de febrero de 1825 con un contundente “no se han visto más tropas españolas en estas Américas” (pág. 552). Sin embargo, el *Diario* es retomado en 1828 para registrar los acontecimientos de la “Expedición peruana a los Valles”. Nuevamente la protagonista se ha hecho presente, aunque no con la misma fuerza de años anteriores pues esta vez solo tuvo una vida de seis meses y medio. Los contendientes han cambiado, aunque no las razones del enfrentamiento. Vargas tiene ahora a los peruanos en vez de los realistas y a los bolivianos en vez de los patriotas, y es por esto que hombres como José Santos, versado en la forma que mejor se acomodó al conflicto, o sea la guerrilla, fueron llamados de nuevo a prestar el “servicio a la patria” y se da vida nuevamente al *Diario*.

Por un momento, los valles son el centro de la atención de Perú y Bolivia. El objetivo peruano era expulsar a las tropas colombianas de suelo boliviano junto con Antonio

José de Sucre. Recordemos que en ese momento nuestro vecino tenía problemas en el norte con la entonces Gran Colombia. El peligro de una “tenaza” lo obligó a fraguar un plan involucrando a Bolivia y para ello logró atraer a varios sobrevivientes de la antigua División de los Valles, siendo los más sobresalientes Narciso Portilla y Rafael Copitas, oficiales en la época en que Eusebio Lira comandaba la región. Estos se unieron a Juan Lira, hermano menor del gran héroe. Vargas está escribiendo nuevamente como testigo presencial. Finalmente, tan rápido como habían surgido, así también desaparecieron los rebeldes. Y con esto también se colocaba el punto final al *Diario*, confirmando una vez más que la protagonista principal era la guerra.

Muchos trabajos, muchos temas.

Lo que inspiró el Diario de José Santos Vargas

Como resaltamos páginas atrás, la primera versión del *Diario* apareció entre 1951 y 1952, para luego ser publicada de forma íntegra en 1956. Al siguiente año, Charles Arnade presenta su tesis doctoral, *The Emergence of the Republic of Bolivia* (1957), más tarde publicada en español bajo el nombre de *La dramática insurgencia de Bolivia* (1964). El mismo año, Alipio Valencia Vega publica *El indio en la Independencia*. Luego se da a conocer *Participación popular en la Guerra de la Independencia de Bolivia* de René Arze (1979). Estas tres obras tienen la particularidad de haber trabajado con la versión inconclusa del *Diario*.

Los dos primeros estudios no llegaron a mostrar toda la complejidad de la información que José Santos anotó en su *Diario*. Arnade hace hincapié en los conflictos al interior de la guerrilla y lo veleidosos que fueron sus líderes, tomando el caso de la muerte de Eusebio Lira, muerto por sus propios hombres debido a las sospechas de haber querido pasarse a las filas enemigas (Arnade, 2004: 65). La obra de Valencia Vega está impregnada de sentimentalismo hacia la condición del indígena en aquella época. En su análisis, los indígenas tuvieron una participación pasiva en la Guerra de la Independencia, es decir, coadyuvaron en todo lo que pudieron, pero más por obligación que por convicción. Este esquema se repitió en la guerrilla de Sicasica y Ayopaya, en la que los guerrilleros utilizaron a los indígenas a su conveniencia. Estos, a su vez, no tenían ningún objetivo que alcanzar (Valencia Vega, 1964).

Estas obras contrastan con la de René Arze, quien analizó la participación indígena y sus planes políticos de manera sólida y fundamentada. El objetivo principal del autor no fue hablar de la guerrilla, sino del cerco a la ciudad de La Paz del año 1811 protagonizado por un ejército indígena. Pero no puede dejar de referirse a Sicasica y Ayopaya como un importante centro de insurgencia en donde se mostraría la amplia participación de este estamento (Arze, 1979).

En 1982 se publica la segunda versión del *Diario*, hecho que pasa casi desapercibido en los círculos académicos, sobre todo, nacionales. Esto puede deberse al clima político y social que se vive en Bolivia: la hiperinflación es apabullante. En esos instantes poco

puede haber importado la aparición de un testimonio de la Guerra de la Independencia. Sin embargo, aunque escasas, surgen voces que comentan o usan la nueva publicación.

En 1984, José Luis Roca publicó “Las masas irrumpen en la guerra” en la revista *Historia y Cultura*, ensayo luego reeditado en su libro *Ni con Lima ni con Buenos Aires* de 2007. En este artículo analiza cómo los guerrilleros de Sicasica y Ayopaya conformaron lo que él llama el “Estado revolucionario” identificando un protoestado en plena Guerra de la Independencia, pues tendría todos los elementos necesarios para ser considerado como tal: territorio, población y gobierno. De esta forma, se convierte en el directo antecedente de la república de Bolivia (Roca, 2007: 242).

Marie-Danielle Demélas publica en 1987 su artículo “Compte rendu du la publication mexicaine du *Diario*”, iniciando así más de dos décadas dedicadas a analizar el *Diario* de José Santos Vargas. Su tarea culminó el año 2007 con la publicación de *Nacimiento de una guerra de guerrillas: El Diario de José Santos Vargas (1814-1825)*. Sobre este trabajo volveremos más adelante.

Ante la ausencia de estudios dedicados a la Guerra de la Independencia por parte de los historiadores, fue un literato quien llamó la atención sobre la obra de José Santos Vargas, pero dándole un giro inesperado. Raúl Paredes, en su tesis de licenciatura en literatura titulada “De la ‘memoria’ en *Juan de la Rosa*”, planteó que la novela atribuida a Nataniel Aguirre tiene su intertexto principal en el manuscrito del tambor mayor. Paredes demuestra que Nataniel Aguirre tuvo en su poder una versión del manuscrito de Vargas entre 1874 y 1876 (Paredes, 1990).

Después de 15 años el *Diario* inspiró nuevos trabajos. En la revista *Historia y Cultura* aparecieron dos artículos basados en lo escrito por el tambor mayor. El primero de ellos fue “Datos cuantitativos sobre la guerrilla de Ayopaya” de Eduardo García Cárdenas y “Lo imaginario en la Guerra de la Independencia charqueña. La creación de la subjetividad guerrillera: Entre lo heroico y lo dramático” de María del Pilar Gamarra.

García Cárdenas realiza un recuento de las acciones bélicas, el número de guerrilleros, las bajas que se registran en ambos bandos, y otros datos estadísticos (1999: pp. 50-61). El autor trabajó sobre la base del índice onomástico y toponímico realizado por Gunnar Mendoza para la edición de 1982; en esto comete el error de no verificar algunos datos que en el mismo *Diario* no son claros y que requieren un análisis completo. Por ejemplo, el número de acciones bélicas, pues un enfrentamiento podía durar todo el día y toda la noche sufriendo interrupciones. Por su lado, Pilar Gamarra analiza el discurso de José Santos Vargas discutiendo el sentido que el cronista le dio a la palabra “patria” sirviéndole de “génesis y conclusión” o sea el principio y el fin de las razones de la guerra. Vargas daría a conocer lo heroico oculto en lo dramático, mostrándose cuando la apariencia que cubre a ambos se deja para alcanzar un momento de virtud patriótica (Gamarra, 1999: pp. 134-136).

El estudio más completo que se ha hecho hasta el momento sobre el *Diario* de guerra de José Santos Vargas es el de Marie-Danielle Demélas en su ya mencionado libro

Nacimiento de una guerra de guerrillas: El Diario de José Santos Vargas (1814-1825). No constituye un estudio sobre la Guerra de la Independencia, sino “lo que ha podido decir” sobre ella nuestro cronista. Para la autora, José Santos perteneció a una unidad caótica propia de las montoneras con un sentido de unidad “imaginada”, pero inexistente en la realidad. Es cuando llega José Miguel Lanza que esta figura cambia, disciplinando a los hombres y profesionalizando la tropa, convirtiendo a los montoneros en un ejército. En cuanto a la participación de los indígenas, argumenta que ellos no podían tomar la iniciativa en cuanto a la lucha armada pues no contaban con un proyecto propio. Por lo tanto, no tenían más opción que elegir un caudillo que mediatizara sus aspiraciones. Igualándolos a los campesinos europeos, dirá que eran incapaces de unirse pues no existía relación de unos con otros. De esta forma, la autora sostiene que no tendrían la capacidad de defender sus intereses pues no podrían representarse a sí mismos, debían de ser representados (Demélas, 2007: pp. 154, 164 y 335).

La celebración de los bicentenarios de los gritos revolucionarios de Chuquisaca y La Paz trajo consigo un renovado interés por estudiar la Guerra de la Independencia. Entonces el *Diario* de José Santos Vargas alcanzó un lugar privilegiado. Esther Aillón junto con su equipo de trabajo publicaron un interesante estudio titulado *Elecciones en la guerrilla de Ayopaya, según el diario del Tambor Vargas (1814-1824)*. Este trabajo tiene por principio director el índice onomástico y toponímico hecho por Gunnar Mendoza para la edición del *Diario* en 1982. Bajo esta premisa identificaron “cuatro subtipos de ejercicio político”: elecciones por proclamación, elecciones por voto secreto, plebiscitos y sentencias por consenso. Su propuesta es que la División de los Valles, pese a todas las crisis que sufrió, encontró un orden para guiar su destino, echando por tierra aquellas tesis que veían al cuerpo armado como caótico y desorganizado (Aillón *et al.*, 2009: 47).

En 2010 presenté *La División de los Valles: Estructura militar, social y étnica de la guerrilla de La Paz y Cochabamba 1814-1817*, estudio dedicado al análisis del papel del caudillo, la participación indígena y la estructura militar en la época de Eusebio Lira. Argumento que este personaje logró dotar a aquel cuerpo de hombres armados de una estructura militar firme, antes de la llegada de José Miguel Lanza. Por otro lado, coloca en relieve la pervivencia de las comunidades aglutinadas en los ayllus de la zona de Mohoza, donde este tipo de organización subsistió. En este sentido, lo dicho por Demélas no se aplica al mundo andino, en el cual la relación entre indígenas no pasa por “el mercado”, sino por el parentesco sanguíneo representado en el ayllu, lo que también se registraba al interior de las haciendas.

Finalmente, en 2012 se publicaron dos trabajos tendientes a dar un nuevo enfoque sobre la participación regional de los valles de Sicasica y Ayopaya en la Guerra de la Independencia. El primero es de Pilar Mendieta, guiado por la curiosidad sobre los recuerdos de la guerrilla de los valles: *Ayopaya: Memoria y recorrido historiográfico de una guerrilla de la Independencia americana (siglos XIX-XX)*. El segundo es el trabajo de Ricardo Asebey titulado *Charcas y Buenos Aires. Guerrilla, relación e Independencia*.

Mendieta logra establecer el temprano olvido al cual fueron sometidos los antiguos guerrilleros a excepción de José Miguel Lanza, quien fue elevado al panteón de héroes nacionales. Historiográficamente, durante todo el siglo XIX y hasta 1951, Lanza será tomado como el único caudillo que dirigió la “republicueta” de Ayopaya durante todo el tiempo que duró la Guerra de la Independencia. Los rastros del recuerdo de Eusebio Lira serán oscuros, recordándolo como el causante de la ruina de las haciendas que hasta 1888 no se habían reconstruido (Mendieta, 2012: pp. 332 y 351).

El trabajo de Asebey en relación a la guerrilla descrita por Vargas en su *Diario* se concentra en analizar las relaciones que estos hombres tenían con los “mandos superiores” de Buenos Aires y Salta. Este trabajo logra demostrar que existían vínculos muy grandes con los jefes del sur, siendo el ejemplo más explícito la llegada de José Miguel Lanza, quien asume el comando de la guerrilla por órdenes de Güemes. En este punto, el autor coloca sobre el tapete que las relaciones directas con Buenos Aires se habían acabado hacía mucho tiempo y que Salta y su caudillo asumieron el control de las tropas en el Alto Perú (Asebey, 2012: pp. 428-429).

El para qué. Vargas y la historia

Como cronista, Vargas es insuperable pues logró retratar todos los aspectos de la vida de la guerrilla, desde aquellos más cotidianos, hasta aquellos de angustia total en medio de la guerra. Pero ¿para qué escribir un diario? Nuestro personaje nos da una respuesta contundente: “para que se sepa más cierto los sucesos en estos Valles” (pág. 119).

En esto José Santos nos muestra su agudo instinto de historiador: “Como los sucesos en estos lugares no son de pasarse en silencio apunto para que se sepan”. Por lo tanto, era necesario dejar un testigo fiel de todo lo ocurrido en los valles de Sicasica y Hayopaya, pues “ni los superiores de Buenos Aires ni los de Salta saben del principio quiénes fueron, de cómo, ni en qué tiempo, ni qué sujeto” (pág. 117).

Sin embargo, como hemos visto, se ha puesto en duda su veracidad y fidelidad en cuanto al relato de los eventos que registra por el hecho de que el segundo manuscrito tendría varias imprecisiones, sobre todo, en cuanto a las fechas. Vargas se ocupa de esto y consecuente con su labor de testigo imparcial dirá: “Para que no estén en duda como en la presente, he puesto los casos con algunas circunstancias averiguando todo muy bien con mucha prolijidad, de forma que no recelaréis de que estos sucesos fueron así los pasajes”. Además aclara que “El mismo día de los sucesos que constan en este *Diario* histórico puede fallar sí pero no el caso sucedido” (pág. 118). Dando de esta forma fin a la controversia del cambio de tiempos en una y otra versión.

Cuando José Santos no estaba bien enterado de algún acontecimiento, hacía lo imposible para averiguar detalles de lo ocurrido, siendo sus informantes aquellos hombres y mujeres que fueron testigos presenciales de los hechos. El más sobresaliente es Rudecindo Vargas, ayudante de Eusebio Lira, quien le confiaba a nuestro autor los secretos del comandante, ayudado además por la circunstancia de ambos apellidarse igual y reclamarse

parientes. En los casos de información acerca del enemigo, averiguará lo sucedido por boca de los prisioneros o de los espías mandados para la ocasión. De esta forma su relato es completo y nos acerca a la historia íntegra de la guerra.

Es por todo esto que Mendoza encuentra que el *Diario* fue escrito por un maestro de la “técnica de la utilización de fuentes orales historiográficas”, encontrando que la “metodología aquí es propia de una historiografía experimental [...]. José Santos resolvía de otra manera el problema metodológico: vivir personalmente la realidad, convertirse él mismo en un ingrediente de la clave” (págs. 81-82).

Además siempre estaba dispuesto a que su testimonio fuera verificado: “Mi trabajo nada contiene que no sea la pura verdad harto notoria para con mis contemporáneos” decía con plena convicción de que no encontrarían nada que no sea la verdad de lo ocurrido. En esto encontramos un dejo tanto de valentía como de reto, principalmente a aquellos “pocos que acaso se dedican al importante estudio de nuestra historia” (pág. 107).

La historia de Vargas ha superado el tiempo y su gran mérito fue el de colocar sobre la mesa de la historia a nombres como el de José Manuel Chinchilla o Santiago Fajardo, pero principalmente el de Eusebio Lira. Cabe la posibilidad de que, si su manuscrito no se hubiera conocido, hasta el día de hoy habríamos creído a José Miguel Lanza como el único comandante en jefe de los valles, tal y como se venía repitiendo tradicionalmente en los manuales de historia, como lo demuestra Pilar Mendieta.

El fin último que persiguió nuestro autor es que el *Diario* perviviera en la posteridad para que las futuras generaciones sepan “cuánta sangre, cuántos esfuerzos, cuánto valor y heroísmo cuesta a la Patria su libertad” (pág. 112) y que por lo mismo esta se supiera valorar y defender hasta el último aliento. En esto Vargas muestra la intención de que su *Diario* sea leído no solo por eruditos o versados en la materia, sino por el pueblo en su conjunto.

Los protagonistas transversales del Diario de José Santos Vargas

Está presente a lo largo de todo el texto la participación indígena en la guerrilla. Tres son las actitudes que tiene Vargas con respecto a estos actores: por un lado, no oculta su desconfianza hacia ellos; por otro, no omite detalles de lo heroicos, sublimes y sacrificados que son en algunas escenas; finalmente, los presenta como aquellos inocentes que siempre sufren el embate de las fuerzas realistas. Comencemos por la primera variante.

Cuando en marzo de 1821 Mateo Quispe va a reclamarle a Lanza por qué había arrestado a José Manuel Chinchilla, es convencido de no inmiscuirse más en el asunto con amenazas de un grupo de oficiales que apoyaba las acciones de Lanza. Quispe se retira saludándolo de la forma más cortés. Vargas aprovecha esta ocasión para decir que “son de natural los indios cobardes, de poca palabra y de ningún influjo y constancia en lo que se empeñan hacer” (pág. 452).

El lado contrario de esta opinión son las innumerables escenas donde muestra a los indígenas “muriendo, pero matando” al enemigo. Quizá la mejor sea aquella en la que “Nicolás Apasa [...] indio de Mohosa”, armado solo con su garrote, se enfrenta con un soldado del rey armado con fusil y bayoneta. Este le acierta la cuchilla en pleno estómago. Apasa no retrocede y, por el contrario “agarra con una furia el fusil del cañón y se encaja más la bayoneta a la barriga él mismo por solamente acercarse otro poquito más y lograrle el garrotazo [al soldado]” (pág. 269). Ante esta acción el soldado no hizo más que correr dejando el fusil clavado en el cuerpo del indígena. La escena termina con Apasa presentando el fusil como trofeo de guerra al comandante Lira y soltando un discurso en el que entre otras cosas decía que “todo hombre que se pone a defender a la Patria debe entrar a una acción con intención de morir por ella [...] o ganar algo como yo lo he hecho” y que sabía que iba a morir, pero se quedaba con el “grande consuelo aunque a costa de mi vida de ganar esta arma del enemigo y aumentar a favor de la Patria” (*idem*).

Un tema derivado de esta escena es cómo transcribió los parlamentos de los indígenas en el *Diario*. Son muchas las partes en las que Vargas anota las frases en aymara con su traducción, por ejemplo “a una mano que en lengua aymara decían: *Maya amparaqui*” (pág. 337) o “esta bueno, vos me has hecho. Muy bien te conozco ... en la legua del país decía: *hualiquihua uñtusmahua, humahua lurista acamaja*” (pág. 270). El anterior discurso fue dicho en aymara y José Santos lo tradujo para anotarlo en su *Diario*.

Por otro lado, tanto Mendoza como Demélas están de acuerdo en que Vargas era trilingüe, pues hablaba castellano, aymara y quechua. Sin embargo, a lo largo del *Diario* no se encuentran rastros del último idioma, como sí se pueden hallar del segundo. Ante estudios que contradigan esta afirmación cabría la posibilidad de que la lengua universal indígena en el territorio de la guerrilla haya sido el aymara.

La última característica que Vargas ve en cuanto a los indígenas es el hecho de que siempre sufrían la peor parte cuando las tropas del rey ingresaban al territorio de los valles. Son muchas las ocasiones en las que los indígenas son asesinados solo por estar en el lugar equivocado. Quizá la muerte que causa más consternación es aquella de un joven que es tomado preso por las fuerzas del rey en una requisita a las casas del pueblo de Mohoza en busca de insurgentes. El indígena no era del pueblo y estaba allí por pura casualidad. Al ser llevado detrás del cementerio para ser fusilado, va comiendo un mollete de pan. El cura del lugar lo apremia y le dice que se encomiende a Dios en esa hora. El indiecito no hace caso de la advertencia y le responde que no había comido nada desde hace tres días y que lo dejaran acabar su alimento. Una vez que tuvo conciencia de lo que estaba pasando suplicó que lo dejaran ir, alegando que “mi madre me retará, qué dirá de mi tardanza” (pág. 431). Finalmente, es muerto por los soldados del rey con “el pan en la boca” (pág. 430). Vargas, como en otras escenas, utiliza esta para ilustrar cómo se “manejaban los fieles vasallos de su majestad el rey de España” (pág. 431).

Conclusión

La obra de José Santos Vargas es quizá la más importante fuente documental sobre la Guerra de la Independencia de Bolivia. No se puede entender el proceso de la lucha guerrillera sin leer sus páginas. Y uno se convence de que la misma se realizó siempre en las peores condiciones contra un enemigo cuyas persecuciones fueron cada vez más sañudas. Esta historia es dramática a la vez que cautivadora.

En 1985, Charles Arnade decía del manuscrito de Vargas que “no hay duda que, a causa de sus coloquialismos y su falta de estructura gramatical moderna, el *Diario* no puede gozar de popularidad entre un auditorio amplio” (Arnade, 1985: 131). Hoy podemos decir, con toda seguridad, que se equivocó, pues las ediciones anteriores a esta de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (BBB), están agotadas. Esto demuestra que no solo un público “erudito” está dispuesto a leer las páginas que José Santos escribió.

La vida de la guerrilla de los valles estuvo marcada por la presencia o desaparición de sus comandantes, pero esto último no significó que los guerrilleros, al faltarles un líder, se mataran entre ellos por conseguir la comandancia. La guerrilla tuvo una estructura organizativa fuerte ya desde sus inicios, como su vida longeva lo prueba. Y es de esta organización que José Santos nos habla a lo largo de las páginas de su *Diario*, retratando de la manera más fiel posible todos los avatares por los que pasó la guerrilla. Sus personajes son bien descritos y a veces se tornan tan personales que el que lea con atención llega a identificarse con ellos. Eso es lo que pasa con Eusebio Lira, a quien el escritor le dedicó varias páginas de su libro, por lo cual lo salvó del olvido.

Debemos nuestro profundo agradecimiento a Gunnar Mendoza por haber dedicado años enteros al *Diario* de José Santos Vargas. Hoy podemos disfrutar de los frutos de su constancia y tenacidad en la búsqueda de la versión completa. Solo nos queda disfrutar de su lectura.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ANTEZANA, Luis H.
2011 “Notas hacia un ‘manuscrito inconcluso’”. En: *Ensayos escogidos: 1976-2010*. La Paz: Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia / Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia / Plural editores.
- ARNADE, Charles W.
2004 *La dramática insurgencia de Bolivia*. La Paz: Juventud [1964]. 1985 “De nuevo sobre el Tambor Vargas”. *Historia Boliviana*, vol. 5, núms. 1-2: 129-138. Cochabamba.
- ARZE AGUIRRE, René D.
1979 *Participación popular en la Guerra de Independencia de Bolivia*. La Paz: Don Bosco [1977].
- ASEBEY, Ricardo
2015 “La campaña de intermedios”. En: *Bolivia, su historia. Tomo III: Reformas, rebeliones e Independencia, 1700-1825*. María Luisa Soux (coord.). La Paz: Coordinadora de Historia. 237-240.
2012 “Charcas y Buenos Aires: Guerrilla, relación e independencia”. En: *Reescrituras de la Independencia. Actores y territorios en tensión*. Rossana Barragán et al. La Paz: Coordinadora de Historia / Plural editores / Academia Boliviana de la Historia: 385-432.
- AILLÓN, Esther et al.
2009 “Elecciones en la guerrilla de Ayopaya según el Diario del Tambor Vargas (1814-1824)”. *Ciencia y Cultura. Revista de la Universidad Católica Boliviana San Pablo*, núms. 22-23: 45-106. La Paz.
- DEMÉLAS, Marie-Danielle
2007 *Nacimiento de la guerra de guerrilla. El diario de José Santos Vargas (1814-1825)*. La Paz: Plural editores / IFEA.
- GARCÍA CÁRDENAS, Eduardo
1999 “Datos cuantitativos de la guerrilla de Ayopaya”. *Historia y Cultura*, núm. 25: 49-62. La Paz.
- GAMARRA, María del Pilar
1999 “Lo imaginario en la guerra de la Independencia charqueña. La creación de la subjetividad guerrillera: Entre lo heroico y lo dramático”. *Historia y Cultura*, núm. 25: 129-142. La Paz.
- MAMANI SIÑANI, Roger L.
2010 *La División de los Valles: Estructura militar, social y étnica de la guerrilla de La Paz y Cochabamba 1814-1817*. La Paz: Instituto de Estudios Bolivianos / ASDI.

MENDIETA, Pilar

2012 “Ayopaya: Memoria y recorrido historiográfico de una guerrilla de la independencia americana (siglos XIX-XX)”. *Reescrituras de la Independencia. Actores y territorios en tensión*. Rossana Barragán et al. La Paz: Coordinadora de Historia / Plural editores / Academia Boliviana de la Historia. 327-384.

MENDOZA L. Gunnar

2008 “Introducción”. *Diario de un Comandante de la Guerra de Independencia, 1814-1825*. José Santos Vargas. La Paz: Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia / Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia / Plural editores. XXIII-LXV.

1951 “Una crónica desconocida de la Guerra de Independencia altoperuana. El diario del Tambor Mayor Vargas”. *Revista de la Universidad San Francisco Xavier*, tomo XVI, núms. 37-38: 199-253. Sucre.

MOLINA ECHEVERRÍA, Gonzalo

2010 “El diario de un guerrillero de la independencia, José Santos Vargas. Memoria del mundo”. *Fuentes. Revista de la Biblioteca y Archivo Histórico de la Asamblea Legislativa Plurinacional*, núm. 190: 16-31. La Paz.

PAREDES, Raúl

1990 “De la ‘memoria’ en Juan de la Rosa”. Tesis de licenciatura. La Paz: UMSA Paz, Luis

1919 *Historia general del Alto Perú hoy Bolivia. Guerra de la Independencia*. Tomo II. Sucre: Imprenta Bolívar.

ROCA, José Luis

2007 *Ni con Lima ni con Buenos Aires. La formación de un Estado Nacional en Charcas*. La Paz: Plural editores / IFEA. 1984 “Las masas irrumpen en la guerra”. *Historia y Cultura*, núm. 6: 13-47. La Paz.

SOUX, María Luisa

2008 “De la sublevación indígena a las guerrillas de Charcas”. En: *Una independencia muchos caminos. El caso de Bolivia (1808-1826)*. Armando Martínez y Manuel Chust (eds.). Castelló de la Plana: Universitat Jaume I. 147-156.

VALENCIA VEGA, Alipio

1962 *El indio en la Independencia*. La Paz: Ministerio de Educación. Vargas, José Santos o Tambor Mayor Vargas 2008 *Diario de un combatiente de la Guerra de la Independencia, 1814-1825*. La Paz: Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia / Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia / Plural editores.

- 1952 “Diario de un soldado de la independencia altoperuana en los valles de Sicasica y Hayopaya 1816-1821”. *Revista de la Universidad San Francisco Xavier*, tomo XVI, núms. 37-38: 256-301. Sucre.
- 1951 “Diario de un soldado de la independencia altoperuana en los valles de Sicasica y Hayopaya 1816-1821”. *Revista de la Universidad San Francisco Xavier*, tomo XVI, núms. 37-38: 5-79. Sucre.